NICOLA BRUNIALTI

SUPERPOLLÓ

contra Míster Palomitas

edebé

A todos mis pequeños lectores.
Para que aprendan a ser
los superhéroes de sí mismos.

Os quiero,
el tío Nicolone.

© 2020 Edizioni Lapis * Via Francesco Ferrara, 50 - 00191 Roma, Italy - lapis@edizionilapis.it - www.edizionilapis.it

© Ed. Cast: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Publicado por acuerdo con Atlantyca S.p.A.
Título original: *Super Pollo contro Mister Pop Corn*
Texto de Nicola Brunialti
Ilustraciones de Francesco Fagnani

© Traducción al español: Marinella Terzi

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2022

ISBN: 978-84-683-5674-7
Depósito legal: B. 2237-2022
Impreso en España

Ninguna parte de este libro puede ser almacenada, reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico incluyendo fotocopias, grabaciones o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del titular de los derechos de autor. Para la dirección de información: Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 – 20123 Milano, Italy; foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com

Nicola Brunialti

SUPERPOLLÓ

contra Míster Palomitas

Traducción de Marinella Terzi

edebé

LA LAVANDERÍA

Esta historia empezó hace dos semanas.

Estaba tranquilamente solo en casa mientras mis padres se habían ido a trabajar a la lavandería de la familia.

Yo la odio porque me aburro un montón cuando estoy allí con ellos: mi padre, metiendo y sacando la ropa de la lavadora, y mi madre, planchando en medio de una nube de vapor.

A mis padres, sin embargo, les encanta; si fuera por ellos, hasta dormirían allí.

¿Sabéis por qué? Porque mi madre adora la limpieza y quiere que todo esté recién lavado y perfumado... Todo «limpio relimpio», como dice siempre.

Y lo que más le gusta de todo es el jabón de Marsella.

Mi padre también se muere por el jabón de Marsella; sobre todo, untado en el pan, con mermelada de frambuesa... ¡Así le apasiona! Al fin y al cabo, somos alienígenas, ¿no?

Puede que no lo sepáis, pero mis padres y yo procedemos de Elion4, un planeta en los confines del universo. Y también Silbido, mi perro con un solo ojo, es un perro extraterrestre.

Nos vimos obligados a abandonar nuestro planeta y mudarnos a la Tierra para huir del general Perfidux, el comandante supremo de Elion4.

Ese loco criminal quiere secuestrarme para estudiar mis increíbles poderes y crear un ejército de supersoldados con el que conquistar el universo entero.

Ese es el motivo de que envíe siempre a Yagor, el jefe de su policía secreta, para tratar de localizarme.

Una suerte que, antes de partir de Elion4, mi padre, que allí era un supercientífico, nos sometiera a un

«tratamiento estético» para transformarnos en tres simples terrícolas.

Por desgracia, el chiflado ese acabó descubriendo de todas formas que mi familia y yo vivimos ahora en Colina Habichuela.

¡Menos mal que no sabe quiénes de todos los habitantes de la localidad somos nosotros! ¡Menuda cara se le pondría a Yagor si supiese que nos ocultamos en una lavandería!

¡QUÉ LATA ESTUDIAR!

Me parece que el día que comenzó esta aventura era miércoles. Estaba sentado frente al escritorio de mi habitación, tratando de empezar a hacer los deberes.

Y digo «tratando», porque hacer los deberes para mí es una especie de tortura. Y «trato» de aplazarlos todo lo posible.

Ay, si pudiera tener superpoderes también en el colegio... Sería un auténtico genio, y la vida me resultaría mucho más fácil.

Pero no. Tengo que estudiar las asignaturas escolares como el resto de mis compañeros.

Y por si no fuera suficiente, cuando no estoy ocupado con las tareas del colegio, ando ocupado peleando contra mis enemigos alienígenas, o atrapando a algún que otro ladronzuelo, o salvando a conciudadanos en apuros.

Sé que volar en ayuda de los demás es para mí una especie de deber, algo que siento en lo más profundo de mi corazón.

Y soy yo el que les insisto siempre a mis padres para que me dejen hacerlo, pese a todos los peligros que pueda correr, y que me descubra Yagor no es el peor.

Sin embargo, hay algunos días que me quedaría en casa, saltando sobre la cama, comiendo helado frente al televisor o jugando a las construcciones, como todos los niños del mundo.

COCER...
CUEZCO... CUEZQUES... CUEZCAMOS...